

La peor de todas

No hubo cielo

GLORIA MARÍA POSADA RESTREPO
Fondo Editorial Universidad
Eafit, colección Letra x Letra,
Medellín, 2011, 190 págs.

NO HUBO CIELO comienza de manera dramática:

Son las diez de la noche de mi último viernes. ¿Hasta cuándo se tiene conciencia de la vida que se deja? Sentada en el borde inferior de la cama, me inclino sobre la pared para sostener el cuerpo; la escopeta sale de mis rodillas, la boca del arma está en mi cabeza; la culata, cuñada entre mis pies, descansa en el piso. Las manos sin vida tocan el arma. [pág. 13]

A partir de la evidencia del suicidio, asistimos a un relato signado por la religiosidad y la violencia, que se nos presenta a través de cartas y de unas memorias escritas en circunstancias difíciles, cuando la vida de Margarita de los Ángeles Vásquez ha dado tantas vueltas, que la única salida que encuentra es terminarla, oculta en un cuarto de baño que se usa como bodega de abonos y bultos de café. Una existencia que comienza y termina en el municipio de Pacuayán, suroeste antioqueño, en la hacienda La Pasiflora, nombrada así porque los miembros de la familia toman infusiones de la también llamada “flor del sufrimiento”, para controlar la “melancolía congénita” que los afecta.

Hija de un matrimonio tradicional y acaudalado, crece condicionada por el miedo al pecado y el deseo de fortuna del padre: “Papá pedía más, más café, más ganado, más tierras. Mamá soplabra brasas hasta que ella y ellas se incendiaban de ira. Mis diez hermanos y yo no queríamos café, no queríamos más ganado, más trabajo, más tierras. Queríamos jugar, queríamos tomar chocolate” [pág. 21], sintetiza Gloria María Posada Restrepo, mostrando, además, que el café era una bebida ajena a las costumbres de sus cultivadores. La madre, presencia bienhechora durante la mayor parte de la novela, virgen por condición natural a pesar de su muy antioqueña fertilidad, consigue que asista a la escuela y que, gracias al café que

roba a su marido, su hermano Evelio “regale” periódicamente útiles escolares y algún juguete a sus hijos. En esa propiedad rural, usurpada a los indígenas de la región, también sabe la protagonista de la ablación de la que es objeto una de sus compañeras de juego, Zorany Tascón, por razones superiores de una cultura tan erotófila y machista como la suya, la embera-chamí:

Ahora la maldad no está en Zorany; se ha deshecho en ella la semilla de la infidelidad, de la calentura por los hombres blancos [...] ha desaparecido la semilla que hace a las mujeres piquiñosas para el sexo, el peligro de que el vaivén de la cópula le tumbe el mundo de las manos al dios *Karagabí*. [pág. 33]

Acosada por su padre, que llora y reza mientras la manosea, Margarita sufre una ablación mucho más refinada al ser enviada al convento de las Hermanas Franciscanas Concepcionistas. En el camino la alimentan con fiambre arriero “masato de maíz cocido en agua de lejía, surtido con chicharrón de empella y envuelto en hojas de plátano” [pág. 46], y conoce formas que la abochornan y estimulan: “Cuando salí del matorral, levantó su tapapinchote, un delantal de cuero blanco que le llegaba a las rodillas, y expuso a mis ojos la inmensa intimidación reptil que muy eruida señalaba el horizonte” [pág. 47].

Sin deseo real de tomar los votos, pasa los días y después los años a la espera de que su tío Evelio llegue a salvarla del encierro conventual. Asignada inicialmente a la cocina, se engolosina con recetas como las sevillanas yemas de san Leandro, y se desespera con la interminable recitación de las oraciones y el “Jesús, Jesús, Jesús”, repetido y repetido hasta desnaturalizarlo. Sensible a las caricias femeninas y a la voz de su confesor, encuentra en sor Juana Inés de la Cruz a la “santa” que quiere imitar, a pesar de que le advierten que estuvo a punto de disfrutar de la hospitalidad de la Santísima Inquisición de la Nueva España del siglo XVII, hoy México. Con el cilicio envolviendo sus muslos, aflora a sus labios la palabra perdón:

perdón porque vi desnudas a las mujeres de la posada, perdón porque vi al niño que me amaba en el Cristo de la Misericordia que pendía en las

paredes de mi habitación, perdón por mis manos libidinosas, por las manos de papá sobre mis senos, por mi boca que hablaba de las manos de mamá robando café, perdón porque veía en las hermanas a un rebaño de santas envidiosas, mujeres de yeso insensibles a las cosas del mundo. [pág. 85]

En carta a la más amada de sus compañeras de encierro, y firmando como Juana de Asbaje, nos dice: “El alma no es simple y las pasiones lo son menos” [pág. 18].

Tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y los hechos posteriores al 9 de abril de 1948, la insoportable modorra de la vida contemplativa es turbada y veremos a Margarita/sor Juana participar en pequeñas escaramuzas que trazarán un cuadro diciente de la violencia política que convulsionó al país en la década de 1950, que tantas veces fue impulsada desde los púlpitos. Posteriormente será la muerte de la madre y el deseo de las autoridades eclesásticas de apoderarse de las tierras que hereda, lo que permitirá que vuelva a la hacienda La Pasiflora, y al seno de una familia diezmada, cuyos sobrevivientes la consideran muerta. Obligada a enfrentarse a un mundo que apenas conoce ya, su valiente reacción la lleva a decidirse incluso por el amor, un momento que la autora describe con sutileza en un capítulo que tiene por delicioso título: “Nacimiento de Venus”, Sandro Botticelli”. Ese amor, encarnado por un sobrino que prolonga las arbitrariedades de sus antepasados y permite vislumbrar las injusticias que aún asolan amplias zonas de nuestro país, es una forma de redención y también de condena que la lleve a repetir con sor Juana Inés de la Cruz: “Yo, la peor de todas”.

Pero algunos de los títulos de los capítulos no son la única audacia que se permite Gloria María Posada Restrepo. En la parte central de la novela convierte unas “Rogativas a san Mamerto”, en particular homenaje a los autores que admira –Faulkner, Cortázar, Borges, Rulfo–, a las autoras que siente cercanas –Ángeles Mastretta, Isabel Allende, Laura Restrepo, Marguerite Yourcenar–, a familiares y amigos, a compañeros talleristas en diversas instituciones de Medellín, y en una posibilidad para agradecer la beca de

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>creación que le concedió la Alcaldía de Medellín en 2010 para escribir <i>No hubo cielo</i>, sistema de apoyo institucional que debería ser imitado por otras ciudades. Mucho más interesante desde el punto de vista narrativo es el capítulo VI, “Aclaraciones”, en el que se traza el supuesto origen de las cartas y las memorias que componen el cuerpo de la narración, enmarcándola en unos sucesos que diluyen los límites entre ficción y realidad, y que muy acertadamente tienen un tono y una velocidad muy diferentes a los del resto del libro.</p> <p><i>No hubo cielo</i> es una novela que se lee con interés y placer, llena de personajes y situaciones creíbles, ambiciosa y bien estructurada. Su autora, odontóloga de profesión, es hábil para dosificar las descripciones, siempre muy precisas y plásticas, y también sabe cuándo permitir que la poesía se inmiscuya en medio de las acciones y dé a su prosa la posibilidad de significar mucho más de lo que dicen las palabras. A través de los ojos de una mujer condenada a mirar hacia adentro, conocemos la Antioquia patriarcal, la vida de las mujeres en el campo y en los conventos de clausura, y la Colombia de dos o tres decenios particularmente significativos, desangradas por unas violencias, que tiene y siembra raíces. Una novela rigurosa y libre, como lo deberían de ser todas.</p> <p style="text-align: center;">Octavio Escobar Giraldo Profesor, Universidad de Caldas</p>		